

La medicina entre los aborígenes de México y Centro América, Antes de la Conquista Española

Conferencia leída por su autor en la Sesión Pública con la que la Universidad Nacional Conmemoró el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América

Manuel Zuñiga Idiáquez
RLU: 1913 - X (3) - pp. 95-103

Excelentísimo Señor Presidente de la República:

Honorables Señores Ministros de Estado y Miembros del Cuerpo Diplomático y Consular:

Señor Rector de la Universidad Nacional:

Señores Decanos de las distintas Facultades Universitarias:

Distinguidos Académicos:

Señores Estudiantes de las diferentes Escuelas:

Señores:

Plugo a los señores Ministro de Instrucción Pública y Rector de la Universidad, elegirme para que llenara un número de esta gallarda manifestación de nuestra cultura nacional; y a pesar de la extremada

premura del tiempo que se me dejó disponible y de las dificultades que ofrecía para mí el tema que se me propuso para su desarrollo, acepte sin vacilar, con entusiasmo más bien, tal designación; que estimo como altamente honrosa y grata. Me esforzaré en daros una idea del estado en que se hallaba la *medicina entre los aborígenes de México y Centro-América, antes de la conquista española*.

Una de las cosas que llama justamente la atención de los historiadores, al estudiar las crónicas relativas a tan remotos tiempos, es por cierto la poca o ninguna importancia que se le dio al desarrollo alcanzando la Medicina entre los indios de América. Y extraña porque todo es bien sabido que estos países enriquecieron, más que la codicia de los exploradores, los recursos medicamentosos de que disponía el Viejo Mundo, con infi-

nidad de plantas valiosísimas etc., cuyo conocimiento y aplicaciones se asegura que les eran familiares a los médicos nativos. Tamaña deficiencia debe atribuirse sin duda en parte a que las obras indígenas que contenían tales enseñanzas fueron destruídas por la superstición, el fanatismo y la ignorancia, y en parte porque no fué sino hasta muy avanzada la conquista que se atrevieron a venir los facultativos, quienes en un principio se negaban a aventurarse entre tantas dificultades, y privaciones como ofrecía aquella titánica lucha, y eran considerados como inútiles para gentes destinadas a perecer en el fragor de los combates y no sobre mullidos lechos. Y cuando los médicos españoles se resolvieron a venir, lejos de empeñarse en hacer amistad con los «doctores» nativos, se dieron a la ruin tarea de denigrarlos, de desacreditarlos por simples celos profesionales, hasta que lograron destruir las tradiciones del arte de curar. Como las de muchas otras.

Los Nahoas eran una raza muy sana, gracias a la vida de actividad constante que llevaban, a las excelencias del clima, al baño frecuente y la dieta sobria. Por lo general alcanzaban una longevidad notable, si bien es cierto que hay exageradas edades que se señalan a sus reyes de tiempos primitivos. Se dice que los que no llegaban a la centuria morían a consecuencia de enfermedades agudas. La indigestión y sus acompañantes les eran

desconocidas; y las deformidades eran tan raras, que Moctezuma tenía una colección de gentes deformes, como curiosidad. Las enfermedades más comunes eran los resfriados, las pleuresías, catarros y diarreas, y en las regiones costeras las fiebres agudas e intermitentes, los calambres y la tisis. Agravadas por la exposición.

De tiempo en tiempo se veía el país asolado por grandes epidemias, de cuya naturaleza es difícil formarse juicio exacto, porque las tradiciones tan íntimamente mezcladas con la fábula. Una de ellas, la *Matlazahuatl*, atacaba únicamente y exclusivamente a los nativos, jamás a los españoles ni a los mestizos, con tal de que fueran blancos. Parece ser que periódicamente hacía sus estragos, y el barón de Humbolt, quien fué el primero en describirla en Europa, dice que era una enfermedad semejante en un todo a la fiebre amarilla, menos en la particularidad señalada antes y en que lejos de propagarse en las regiones costeras o ardientes, hacía sus devastaciones en los lugares más altos y fríos. Y era tan terrible esta plaga, que el historiador Torquemada refiere que en las epidemias habidas en 1,545 y 1,676, parecieron 800,000 y 2,000,000 de indios, respectivamente. También Ixtlixochitl cuenta que en el severísimo invierno de 1,450 les azotó un *catarro* del cual murieron numerosas personas, sobre todo viejos. +los vicios importados por los españoles, su opresión a los nati-

vos y el consiguiente desacato a las antiguas reglas concernientes a la limpieza y al uso de los licores, prepararon el terreno para nuevas enfermedades. Con ellos nos vinieron las viruelas, el sarampión y la sífilis. Un negro de uno de los buques de Narváez fué el primer varioloso desembarcado, y el sólo bastó para que se desarrollara una epidemia espantosa, en la cual ocurrió con frecuencia que familias enteras presencien en sus caras, sirviéndoles éstas mismas de sepulturas. El sarampión llegó diez años más tarde; la fiebre amarilla no prevaleció mucho entre los indios, y en cuanto a la sífilis, ha habido discusiones, pues si bien es verdad que enfermedad tan asquerosa era sufrida por los europeos mucho antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, también lo es que hay indicios, en las tradiciones, de que ya eran conocidas algunas formas por los aborígenes americanos.

El arte de curar era protegido por la realeza, que haciendo grandes gastos coleccionaba en los jardines reales cuanta planta rara hubiese en el país, para luego ponerlas a disposición de los «doctores» en las grandes ciudades, con la orden de que hiciese experiencias con cada variedad y diesen a conocer sus propiedades útiles o nocivas, a fin de aprovecharlas o librarse de ellas. Tanto fué así que cuando Felipe II envió a su médico, Dr. Hernández, a hacer investigaciones de historia natural, éste pudo con facilidad, gracias al auxilio de los

expertos nativos, formar una obra compuesta de 24 libros y 11 de láminas ilustrativas, cuyos manuscritos existen aún en el Escorial. Y de las que se han hecho varias ediciones compendiadas, en latín, español, italiano e inglés.

Además de los jardines botánicos había también hospitales en que el gobierno invertía fuertes sumas para brindar esmerada asistencia a los enfermos pobres de las cercanías. Estaban servidos por numerosos médicos y cirujanos de experiencia y por enfermeras muy versadas en su oficio. Los prácticos se hacían pagar muy poca cosa por sus servicios, no por falta de competencia, sino porque no eran muy solicitados, debido, por una parte, a que no se temía a la enfermedad ni a la muerte, acostumbrados como estaban a presenciar ésta en su forma más terrible, con ocasión de sus festivales religiosos, y por otra, a que hombres, mujeres y niños conocían bastante bien las propiedades de las plantas, de modo que se conformaban con remedios *caseiros*, recurriendo a la ciencia de los «doctores» sólo cuando la gravedad o la tenacidad del mal lo exigían.

Tal como ocurre aún en nuestros tiempos, que hay que desvanecer con hechos palmarios, las mordaces censuras lanzadas a los cuatro vientos por sabios de relumbrón, así sucedió más de una vez entre indios y españoles. Refieren las crónicas que un práctico famoso de Michoacán fué acusado ante

el Colegio Médico de México como curandero, como charlatán. Para responder a la acusación pidió a los jueces que olieran ciertas plantas que les produjo una fuerte epistaxis, y entonces los invitó a que hicieran cesar la hemorragia. Viendo que se declaraban incapaces de verificarlo prontamente, les administró unos polvos, que en acto consiguieron lo que él podía, añadiendo con sencillez: «Estas son mis adquisiciones; esta es la manera como curo las dolencias de mis pacientes».

El esculapio de los Nahoas encarnó en Oxomococipactonatl y en Tlatecuinchochicoaca, quienes fueron tradicionalmente los primeros inventores de la medicina y los primeros herbolarios entre los Toltecas. Luego después de su invención, el arte de curar llegó a ser una de las profesiones más altamente honradas; sus sucesores constituyeron una facultad formal, transmitiendo sus conocimientos y su práctica de generación en generación, de acuerdo con el sistema de castas, según el cual el hijo adoptaba casi invariablemente la profesión del padre, por quien era educado. Este sistema de educación, principiado desde la niñez más temprana bajo la dirección del papá, las oportunidades de practicar en los hospitales públicos, el libre acceso a los jardines botánicos y los numerosos sujetos brindados por los sacrificios rituales para la disección anatómica, ofrecían ciertamente al «doctor» Nahoas abundantes ocasiones de adquirir gran

ciencia y habilidad. La profesión no era sin embargo patrimonio de los hombres, pues hubo también *medicas* de gran reputación, sobre todo en la costa oriental; y en ciertos casos, como en partos, se ve que la paciente no era atendida sino por mujeres, quienes administraban medicinas y baños y presentaban otra clase de asistencia necesaria, legando aún hasta cortar al niño para lavar la vida de la madre.

Los baños de vapor o *temazcalli* constituían el remedio favorito para casi todos los males del cuerpo. Ninguna casa particular de gente acomodada se consideraba como buena, si no tenía sus baños convenientemente dispuestos; y las familias pobres de cada comunidad se costeaban uno o más *temazcalli* en común. Estaban hechos de adobes, de forma semiesférica, con cerca de ocho pies de diámetro y seis pies de alto, con piso convexo, ligeramente levantado sobre el nivel del terreno. De un lado tenían una abertura suficiente para dar paso a un hombre, y en el opuesto un hornillo separado del interior por una plancha de *tetzontli*, más un respiradero en lo alto. La mayor parte de las casas de baños, sin embargo, eran simples cuartos oblongos o cuadrados, sin ningún hornillo adjunto, teniendo sin duda que remover el fuego antes de que la cámara estuviera lista. Una vez convenientemente calentada, se tendía una estera en el suelo y entraba el paciente, algunas veces acompañado de su ayudante, con una fuente de agua destinada a

bañar el suelo y las paredes a fin de que se formara el vapor, y un manojo de hojas de maíz con las que se golpeaba el cuerpo, especialmente las partes afectadas. En ocasiones, no siempre, se sumergía en el agua helada, después de sufrir la profusa transpiración. Pocas eran las enfermedades en que no se usaban estos baños, aprovechándolos las gentes sanas para conseguir mayor limpieza y para refrescar sus fatigados organismos; pero las especiales indicaciones las tenían en los casos de fiebres traídas de las costas, en las mordidas de serpientes venenosas y picaduras de insectos, las contusiones, la debilidad de los nervios y para aliviar los dolores y purificar el cuerpo de las embarazadas.

También estimaban los beneficios del cambio de clima, y al respecto afirma Herrera, en su *Hist. Gen.*, que Michoacán era una región muy buscada por los enfermos de todo el país.

Las medicinas se aplicaban en todas las formas de pastilla, polvos, ungüentos, emplastos, lavativas, etc., etc., con materias tomadas de los tres reinos naturales. El *octli* o vino se prescribía a menudo para fortalecer el cuerpo, y al igual que el cacao era muy empleado para hacer más agradables los otros medicamentos. Muchas de la yerbas se tomaban de los jardines; pero también las traían de los bosques, en grandes cantidades, colectores ambulantes, quienes las vendían en las plazas públicas al por mayor

o las proponían de casa en casa al menudeo. Cada mal tenía su correctivo, cuyo conocimiento no estaba confiado sólo a la memoria, sino que se consignaba en libros, como lo apuntamos atrás, gran número de estos remedios y métodos de aplicación son sin duda tan absurdos como aquello de que se tiene noticia entre las tribus salvajes; pero individualmente muchas eran medicinas secretas empleadas por los doctores, más bien con el objeto de ponderar su sapiencia y habilidad, que no con la esperanza de obtener una curación. Para las enfermedades del cuero cabelludo se prescribía un baño con oriones de unciones con hollín y barro negro, más una multitud de específicos vegetales; para la hinchazón de la cara se comía cierto *tapaiaxin* animal, la ronquera se trataba dando a beber miel y aplicando envolturas de caucho; la *colleja*, ciertos insectos machacados y la pimienta picante se consideraban como excelentes para los dolores de muelas, recomendando además grandes cuidados para la conservación de la dentadura; la tartamudez de los niños se creía dependiente de una lactancia muy prolongada; sobre los bubones se aplicaban limaduras de cobre; la canchalagua era el específico universal, que fué empleado más tarde por los europeos, lo mismo que el guayaco, para curarse la sífilis; los remedios dados para la diarrea de los niños se aplicaban a la vez a la nodriza; para las grandes contusiones en el pecho se hacían hervir lagartijas en orina y se

tomaba esa infusión, para tener el funcionamiento normal del intestino se aplicaban lavativas, que hacía el propio doctor, tomando la decocción de vegetales en la boca e inyectándola por el hueso de una pata de garza. Los purgantes más usados eran la jalapa, la piña (del pino) *tacucache*, *amamaxtla* y otras raíces: diuréticos, *axixpatli* y *axixtlacotl*; eméticos, *mexochitl* y *meixcotlapatli*, febrífugos, *izticpatli* y *chatlhuic*. El *mariabio* y el *siguapatli* (que significa medicina de mujer) se daban en los trastornos menstruales; el *ojo de venado* se usaba contra la hemorroides¹, lo mismo que el cocimiento de a *lechuguilla*; el miembro de *mapache*, la *ña* y la carne del *tigre*, como afrodisiacos; esta última se usaban en casos de fiebre, mientras que la pies, los huesos y los excrementos quemados, pulverizados y mezclado con resina, formaban un antídoto contra la locura. Los bálsamos se obtenían: del *huitzilozitl* por destilación del *huaconex* por inmersión en el agua y del *maripeda* por ebullición del futuro y de las semillas tiernas. Los aceites se sacaban del *tlapatl*, *chile*, *chian*, *ocolt* (especie de pino) y huele.

Varias piedras poseían propiedades medicinales: la *aztetl* cogida con la mano o aplicada en la nuca detenía la epistaxis; la *ziuhtomol-*

tetl tomada en polvo curaba las acedías y el calor interno. Cuando esta piedra caía de las nubes en una tempestad, se hundía en la tierra y hacía nacer una solitaria mata o penacho de yerba, que crecía cada vez más e indicaba su proximidad a los recolectores. Los huesos de gigantes encontrados al pie de las montañas, eran reducidos a polvo, mezclados con cacao y tomados como cura de la diarrea y de la disentería. Ciertos gusanos de *cuero* duro, pulverizados y mezclados con resina, eran un específico contra la gota, las caries dentarias y otros diversos males.

La cirugía no estaba menos adelantada que los otros ramos del arte de curar, y Cortés mismo tuvo ocasión de conocer la habilidad y prontitud con que curaban las heridas. Las fracturas se trataban con ciertas yerbas y gomas de distintas clases, según los diferentes miembros, y se entablillaban; si la consolidación no progresaba satisfactoriamente, se raspaban los huesos antes de repetir la reducción. La sangría se usaba mucho en varias enfermedades, utilizando como lancetas cuchillos de *iztli*, púas de puerco-espín y espinas de maguey. Las mordidas de serpientes, tan comunes en un pueblo de gentes descalzas, se curaban escarificando y chupando la herida y cubriéndola con una película de maguey; también se empleaban los sobados con cebo caliente, y el *coanepilli*, y el *capalli*, que se consideraban como antídotos, la clara de huevo su usa-

1 Conocemos más de un capitalista de primera clase, que en vez de someterse a la cura radical, se contenta con andar llevando tales inocentes semillas en los bolsillos.

ba mucho en el tratamiento de las heridas y los golpes, mezcladas con otras medicinas; las heridas de los labios se suturaban con cabellos, las cataratas se rayaban y se raspaban con ciertas raíces: en caso de hemorragia subconjuntival se cortaba la membrana, se levantaba con una espina y se ponía leche de mujer; las *nubes* de los ojos se trataban por el excremento de lagarto y por el colorio de *chicalote*, que aunque se dice ser maravilloso, también lo consideraban como de efectos peligrosos. La infusión de hojas de esta planta afirman que es excelente para *dolores cólicos*, y al efecto cuenta Fuentes y Guzmán de un tal don Simón Frens Porthe, caballero de la orden de Santiago, quien padecía mal de piedra y tomó la bebida esta por consejo, produciéndole un efecto notable, pues además que se aliviaron los dolores, logró expulsar arenas por la orina, cosa que no habían podido lograr los médicos de la ciudad con sus remedios.

Es posible que hayan administrado narcóticos en las operaciones dolorosas, porque en algunos sacrificios se refiere que las víctimas eran rociadas con polvo *yauhtli*, para hacerlas menos sensibles. Alguien sostiene que en casos semejantes se daba también una bebida entorpecedora, y aun se hace mención de que las personas que querían ver visiones tomaban *oliliuhqui*. Esta última era una semilla, que con el hule, la resina de *ocotl*, el tabaco y el agua sagrada, formaban el remedio divino o *tropatli*, que no

podía conseguirse sino por medio de los sacerdotes.

Aunque las medicinas eran preparadas y aplicadas por los mismos médicos, no se consideraban suficientes para el enfermo, y a fin de conseguir la curación se hacían ceremonias supersticiosas destinadas a acrecentar el valor de los servicios profesionales. He aquí un vivo retrato de médicos, nigrománticos y divinos indios, pintado por López de Gómara: «Curan con yerbas y raíces, crudas, cocidas y molidas, con sain de aves, peces y animales, con palo y otras cosas que el vulgo no conoce y con palabras muy oscuras que aun el mismo médico no las entiende, que usanza es de encantadores. Lamen y chupan do hay dolor, para sacar el mal que lo causa. No escupen aquello donde el enfermo está, sino fuera de casa. Si el dolor crece o la calentura y el mal del doliente, dicen los piaches (*médicos*). Que tienen espíritus, y pasan la mano por todo el cuerpo, dicen palabras de encanto, lamen algunas conyunturas, chupan recio y menudo, dando a entender que llaman, y sacan el espíritu. Toman luego un palo de cierto árbol, que nadie sino el piache sabe su virtud. Fréganle con él boca y gatzates hasta que lanza cuanto en el estómago tiene y muchas veces echa sangre: tanta fuerza ponen, o tal propiedad es la del palo. Suspira, brama, tiembla patea y hace mil vascas el piache. Suda dos horas hilo a hilo de pecho: y en fin, echa por la boca una

flema muy espesa, y en medio de ella una pelotita dura, negra, la cual llevan al campo los de la casa de enfermo, y arrójanla diciendo: *allá iras demonio, demonio alla irás*. Si acierta el doliente a sanar, dan cuanto tienen el médico; si se muere, dicen que era llegada su hora».

Un tratamiento favorito en casos de postración, consistía en formar una figura de masa de maíz, ponerla en una hoja espinosa de maguey y colocarla en cualquier camino, con la mira de que el primero que pasara se lleve la enfermedad. Por absurda que parezca esta caritativa impostura, es indudable del enfermo y una reacción más enérgica en presencia de las medicinas. Sin embargo de que los casos graves no faltaban ritos supersticiosos, sorprende el hecho de que jugaran un papel tan poco importante; y que a pesar de tratarse de un pueblo tan adicto a las ceremonias complicadas e toda ocasión, siendo natural suponer que la más complicada podría servir en estos trances, resulta que justamente en eso era en lo que menos se estimaban las influencias sobrenaturales.

En circunstancias desesperadas se consultaba a la ventura la suerte del enfermo: se tiraba al suelo una puñada de granos de los más grandes, y si acontecía que alguno cayese derecho, se consideraba como signo seguro de que el paciente debía morir, recibiendo en consecuencia poca o ninguna aten-

ción después; en el caso contrario, no se escatimaban las palabras de aliento y las prescripciones. Otras veces era un número de anillos de cuerda los que se lanzaban: la caída en montón apilados se significaba muerte; si algunos quedaban dispersos se esperaba una mejora segura. El encuentro de una culebra o una lagartija era signo de muerte para el propio individuo o para el amigo enfermo.

Dijimos que los individuos venían la enfermedad con diferencia, pero tal conducta no significaba falta de efecto, pues los *aztecas* se dice que se hacían atender muy bien sus enfermedades y gastaban con gusto todas sus riquezas por salvar la vida de un amigo. Sin embargo, los *trascaltecas*, que eran una



DOCTOR ZÚÑIGA IDIÁQUEZ

Raza más intrépida, eran menos atentos, y algunas otras tribus *teo-chinchimecas* no vacilaban en matar al paciente cuya enfermedad no cedía pronto al tratamiento, so pretexto de librarlo de su miseria, pero en realidad para librarse de él. Esta obre de *caridad* se realizaba atravesándole una flecha al inválido en la base del cuello, y eran principalmente los viejos los agradecidos con tal favor.

Para concluir permitidme que haga pública manifestación de mi gratitud al eminente historiador centroamericano. Dr. Don Antonio R. Vallejo, a quien le pedí, a Tegucigalpa, datos por telégrafo inmediatamente después de mi elección, y aunque me los envió muy pronto, no han tenido tiempo aun de llegar; y al distinguido literario y poeta don Francisco Gavidia, Director de la Biblioteca Nacional, quien se tomó la molestia de seleccionarme las obras que debía consultar.

DIJE:

San Salvador, 12 de Octubre de 1913.

NOTA. — En la mañana del 13 fué recibido un gran legajo, conteniendo manuscritos los interesantes y cuantiosos datos del Dr. Vallejo, de los que se publicará íntegra una memoria sobre la OPERACIÓN CESÁREA. — E. A.

BIBLIOGRAFÍA. —Bancroft's Works, Native Races. —Brasseur de Bourbourg, Hist. Nat. Civ. —Clavigero, Storia Ant. del Messico. —Gómara, Conq. Mex. —Hernández, Nova plantarum. —Herrera, Hist. Gen. —Humboldt, Essai Pol. —Kingsborough's, Mex. Antiq. —Motolinia, Hist. Indios. —Pimentel, Mem. S. la Raza Indígena. —Sahagun, Hist. General, etc. etc.